

Ensayo De sefarditas y moriscos a filósofos y guerrilleros, Víctor Gómez Pin escribe sobre un país desorientado y estigmatizado y desengrana los motivos por los que España sigue atenazada por un misterioso complejo de inferioridad

Enigmas del laberinto

BASILIO BALTASAR

Después de publicar su aleccionador ensayo *El honor de los filósofos* (2020), la biografía de los pensadores que perdieron la vida por ser fieles a la destilada razón de sus postulados, Víctor Gómez Pin (Barcelona, 1944) se dispone a disipar con su nuevo libro los tercios enigmas del laberinto español.

Con el elocuente título de *La España que tanto quisimos*, el autor ordena, cita y convoca a las figuras que han dado forma a un bullicioso legado cultural. Sefarditas

y moriscos, herejes y disidentes, poetas y escolásticos, ilustrados y jesuitas, emigrantes y camioneros, filósofos y guerrilleros, son los personajes que enriquecen con su genio, y su mal genio, el paisaje de una historia eferescente.

Aparecen en estas páginas las ilustres cualidades de Miguel Servet, Francisco Suárez, Quevedo, Rosalía de Castro, Maragall, Vallejo, Cernuda, Azorín, Lorca, Ortega y Gasset, Paco Ibáñez, y tantos otros, para entender la errática deriva de un país incomprensiblemente desnortado.

La esmerada selección de las voces que suenan en *La España que tanto quisimos* nos lleva hacia los cruciales interrogantes de un libro esencial. Un libro que contribuirá a disolver los resabios de un lamentable desconcierto.

Cuando el autor recuerda a los españoles derrotados que en su juventud le dieron ejemplo de entereza, cuando recuerda su nobleza, inmune a la humillación, el infortunio y la fatiga de vivir, erige esa figura del alma popular que alienta y sostiene la conciencia de una inextinguible dignidad. Esta imagen vertebrada la bella narración de Víctor Gómez Pin sobre un país que sigue a la espera de encontrarse consigo mismo.

El relato del autor nos sitúa en un expresivo momento visual de la historia y nos muestra a los calvinistas lanzando a la hoguera el cuerpo vivo de Miguel Servet. Un símbolo de los desmanes de tiranía, explotación, intolerancia, embuste y malversación cometidos por la Europa moderna. Sin embargo, a pesar del estropicio común, Bélgica sabe inhibirse del genocidio llevado a cabo por su rey Leopoldo II en el Congo, Francia evita darle vueltas a la masacre de San Bartolomé, a la deportación de sus ciudadanos judíos a los campos de exterminio de la Alemania

nazi y a la feroz represión de sus militares en Argelia, Italia omite con gran estilo sus escabechinas en Libia y Etiopía y sus desfiles fascistas con el *Führer*, Holanda se excluye de sus matanzas en Indonesia, Inglaterra no sabe nada de sus carnicerías en India... Todos los países comparecen ante el tribunal de la historia como reos de crímenes contra la humanidad, aunque solo España acepta cargar con la pesadumbre de la "leyenda negra".

Será fascinante desvelar al supremacismo que ha decretado este estigma, comprobar su influencia en la forja de la mentalidad reaccionaria y en los encubrimientos de un decálogo moral. Pero más notable será entender el motivo por el cual el país al que tanto quisimos permanece atenazado por un misterioso complejo de inferioridad.

El autor dedica su libro a cualquier lector inteligente pero lo dirige a los simpatizantes y militantes del ala izquierda de la sociedad. Les invita a preguntarse de qué se avergüenzan, por qué asumen el dictamen de una sumisión bastarda y a qué viene eso de renunciar al ejemplo de sus ilustres antepasados.

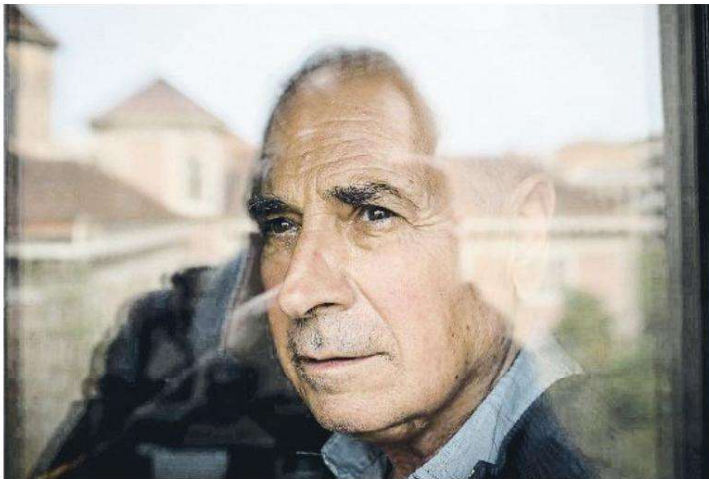
Ha sido formidable en este sentido la energía política del nacionalismo periférico. Emulando la oratoria fertilizada por la Europa del norte y presentándose como miembros de la élite que desprecia a la España charnaga, la derecha nacionalista ha actualizado vigorosamente la retórica de la difamación y amedrentado al conjunto de la nación con los viejos anatemas de la presunción calvinista. Es en verdad admirable que lo haya hecho con tanto virtuosismo.

Víctor Gómez Pin nos invita con su ensayo a deshacer la fuerza hipnótica del complejo de inferioridad, a sustituir la ficción de la identidad por la certeza de la conciencia y a rehabilitar a España a la que sea posible querer y en la que todos los ciudadanos puedan encontrarse a gusto. |

Víctor Gómez Pin
La España que tanto quisimos
ARPA. 280 PÁGINAS. 21,90 EUROS

El filósofo y escritor barcelonés Víctor Gómez Pin fotografiado recientemente por 'La Vanguardia'

CÉSAR RANGEL



Quevedo, De Castro, Maragall y Lorca para entender la deriva de un país incomprensiblemente desnortado

libroscoPIO

La cabeza en las nubes

Un 31 de julio de 1944 el comandante Saint-Exupéry del ala de reconocimiento fotográfico despegó del aeródromo de Borgo, en Córcega, para fotografiar las posiciones alemanas en el Ródano. Tenía 44 años, sobrepeso y varios accidentes que le habían limitado la movilidad de un brazo. Desde el mando aliado habían hecho lo imposible para que no volase. Era un escritor célebre y lo querían en el departamento de propaganda para aleccionar a los jóvenes a alistarse, pero él se negó: "¿Cómo voy a decir a los jóvenes que vayan a la guerra si yo estoy conservado en la retaguardia como un tarro de mermelada?". En el tramo final de la guerra le autorizaron ocho vuelos antes de pasarlo a la reserva y ese 31 de julio ya los había cumplido. Despegó esa mañana sobre el Mediterráneo hacia el frente enemigo y nunca regresó. Nunca supo que la historia que escribió, muy deprimido, durante el exilio de Nueva York se convertiría en uno de los libros más traducidos de la historia: *El principito*. Tal vez en español debería haberse traducido como *El pequeño príncipe* (*Le petit prince*), con un toque menos infantilizante. Su éxito ha ocultado sus otros libros, todos relacionados con la aviación: *Correo Sur*, *Vuelo nocturno*, *Tierra de hombres*, *Piloto de guerra*, donde se mezcla



El escritor y piloto francés Antoine Saint-Exupéry, ante su avión

ARCHIVO

el oficio de piloto con la poética del vuelo y la reflexión existencial.

Roald Dahl se haría célebre con cuentos como *Matilda* o *Charlie y la fábrica de chocolate*, pero su primer cuento *Pan comido* fue el relato de un accidente aéreo que padeció en el desierto de Libia. Durante su etapa de piloto de la Royal Air Force británica en los años de la Segunda Guerra Mundial intentó un aterrizaje forzoso pero

se quebró el tren de aterrizaje de su Gladiator. Al ser rescatado había perdido la vista y fue atendido en un hospital de Alejandría. Allí se enamoró de su enfermera, que fue la primera persona que vio al recuperar la vista, ocho semanas después. Estas y otras muchas aventuras las cuenta en su delicioso libro de memorias de juventud *Volando solo*. Su primer libro infantil se tituló *Los Gremlins*, unos personajes que según los aviadores eran los responsables de los fallos mecánicos de los aviones.

También fue piloto de combate el novelista James Salter, uno de los grandes de la literatura norteamericana del siglo XX. En *Pilotos de caza* novelizó su propia experiencia al llegar a un escuadrón de combate en Corea durante la guerra iniciada en 1950. Una aguda reflexión sobre el deber y la supuesta gloria del combate, haciendo muescas en el fuselaje del avión con cada

enemigo derribado.

El periodista y escritor Joseph Kessel es otro de los que voló y escribió mucho sobre el vuelo. Dejó la valiosa biografía épica de uno de los grandes pilotos del siglo XX, el piloto francés, Jean Mermoz, íntimo amigo de Saint-Exupéry. Grandes pilotos como las norteamericanas Amelia Earhart o Beryl Makhham han dejado obras luminosas sobre el vuelo. Earhart, que desapareció en un vuelo alrededor del mundo, dejó claro su afán por volar en un libro titulado de manera tan risueña como esclarecedora *Por el placer de hacerlo*.

Y la historia de letras voladoras continúa. La novelista norteamericana Maggie Shipstead ha publicado en la editorial AdN, *El gran Circolo* (finalista del prestigioso premio Booker), donde relata la historia de una muchacha fascinada por unos acróbatas aéreos a principios del siglo XX que deja sus estudios y lo deja todo para ser piloto.

Cuando Saint-Exupéry ganó el premio Fémina en 1931 por *Vuelo nocturno*, un periodista que recelaba de que hubiera escritores con otro oficio que no fuera juntar letras todo el día, le preguntó cómo era posible que fuese a la vez aviator y escritor. Él le contestó: "¿Cuál es la diferencia?".

ANTONIO ITURBE

